



Decano del Baloncesto de Canarias

Opinión

Título: “La mejor jugada”

El pasado fin de semana fui testigo de una jugada extraordinaria en un partido de infantiles. Estaba siendo un encuentro muy competido por ambos conjuntos, como si cada acción fuera definitiva para decidir el resultado final. Los chicos estaban dándolo todo en la cancha cuando les tocaba salir, pero también en los banquillos se animaba a rabiar y hasta el público estaba entregado aplaudiendo cada acción de su equipo. Y entonces llegó la mejor jugada del partido. El equipo local perdía de uno tras una canasta del conjunto visitante. Les tocaba sacar, pero el entrenador pidió tiempo muerto para preparar la última jugada. Solo quedaban 12 segundos, tiempo más que suficiente para llegar hasta campo contrario e intentar una acción que volteara el resultado. Los chicos estaban atentos a las indicaciones del entrenador. Finalmente, los cinco elegidos para la gloria tomaron posiciones sobre la cancha. Cuando el árbitro de fondo pitó pusieron el balón en juego con decisión. Cada uno sabía perfectamente cual debía ser su cometido. El base sacó para que la recibiera el más alto del equipo, que rápidamente se la dejó al base para que subiera el balón con destreza. El plan parecía seguir el guion preestablecido. Solo necesitaban una canasta de dos puntos. Iba a ser un éxito seguro. El público contenía el aliento, los jugadores en el banquillo contenían el aliento, hasta el entrenador parecía hacer dejado de respirar. El base buscó con la mirada a un compañero que estaba abierto a su derecha, rápidamente



Decano del Baloncesto de Canarias

se distanció de su defensor y recibió el balón. Siguió botando el balón con la izquierda esperando el movimiento que habían diseñado para que el más alto del equipo cortara por la zona e hiciera una canasta fácil bajo el tablero. Apenas quedaba tiempo. En ese preciso momento se abrió el hueco que buscaban para que el center recibiera y anotara a la salida de un bloqueo. Y así ocurrió, casi de tiralíneas, salvo por el hecho de que el balón rodeó el aro hasta en dos ocasiones y sin que nadie entendiera por qué resbaló y salió. El mundo se partió entonces en dos universos paralelos. Los cinco valientes que habían ejecutado la jugada a la perfección se echaban las manos a la cabeza derrumbados en el suelo; no podían dar crédito. Mientras, los jugadores del equipo visitante se abrazaban con sus compañeros de banquillo y los entrenadores entre aplausos y gritos. Fue entonces cuando se produjo la mejor jugada. Todavía hoy la recuerdo y se me eriza la piel. Uno de los niños del equipo local, que apenas había jugado unos minutos en el segundo cuarto, se había levantado de un salto del banquillo cuando los árbitros señalaron el final y se dirigió raudo para consolar a sus compañeros. Uno por uno los iba levantando del suelo, les obligaba a chocar las manos y se fundía en un abrazo con cada uno de ellos. Siempre el mismo ritual. Les animaba de manera enérgica y parecía decirles ¡Vamos arriba! ¡Hemos hecho un partidazo!, o eso me pareció entender desde la grada. Antes de regresar a su banquillo felicitó uno por uno a los jugadores y técnicos del equipo contrario que aún festejaban la victoria. Al regresar sus compañeros seguían sumidos en un mar de lágrimas. Animó a cada uno de ellos y también a los entrenadores sin



Decano del Baloncesto de Canarias

perder el semblante serio; incluso saludó amablemente a los dos imberbes árbitros dándoles la mano. No podía quitarle los ojos de encima. Era como si el tiempo se hubiera detenido y nada más importara en ese preciso momento. Luego, simplemente se puso la sudadera y se quedó de pie en segundo plano junto al banquillo, animando a todos los compañeros de su equipo que se cruzaban con él. Se mantuvo firme incluso cuando sus compañeros, todavía desarmados por la derrota inesperada, hicieron una piña y juntaron sus manos para vocear juntos el grito de guerra del equipo. Todo el mundo parecía ajeno a su gesto; nadie parecía haber reparado en su conducta, pero yo no podía dejar de mirarlo y sentirme orgulloso. Fue la mejor jugada del partido, una jugada maestra; inolvidable.

Autor: Sergio Negrín